



AVISO LEGAL

Artículo: Gobierno, legitimidad y participación democrática

Autor: Roa Kourí, Raúl

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 3, año VII, núm. 39 (mayo-junio de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Roa, R. (1993). Gobierno, legitimidad y participación democrática. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 77-80. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

GOBIERNO, LEGITIMIDAD Y PARTICIPACIÓN DEMOCRÁTICA

Por Raúl ROA KURI
CUBA

AL ANTICOMUNISMO RAMPLÓN de los años de la "guerra fría"—que mal ocultaba el apoyo a espadones y regímenes subordinados en nombre del autotitulado "mundo libre"— ha sucedido, en años recientes, el intento de imponer en todas partes el modelo democrático liberal burgués y políticas que niegan cualquier posibilidad de ensayar opciones al mismo.

Sin embargo, es cada vez más amplio el consenso entre autores latinoamericanos acerca de la necesidad de revalorar, reevaluar y repensar la democracia. No sólo en vista de su relación con los problemas globales (*i.e.* la brecha entre países ricos y pobres, la cuestión de la paz y la seguridad internacional y los problemas ecológicos) y del intento de homogeneizar la democracia, particularmente en nuestro hemisferio, sino también debido a la complejidad misma del concepto "democracia".

En la contradicción norte-sur y en la renovación permanente del neocolonialismo, que hoy conserva la búsqueda de "soluciones" basadas en recetas del mundo desarrollado y, especialmente, la aplicación de un modelo democrático único en un mundo para nada homogéneo en el que no parecen justificarse las fórmulas liberales, radica la urdimbre de estos problemas que, de una u otra manera, afectan a toda la humanidad.

El modelo democrático único que se nos propone, tras la desaparición de los regímenes militares que asolaron el continente, pasa por alto el hecho cierto de que muy poco o nada ha cambiado el panorama latinoamericano en lo que se refiere a la situación de las grandes mayorías.

La promoción de este modelo tiene como objetivo no declarado mantener la hegemonía del norte y cerrar el paso a posibles transformaciones radicales mediante la creación de mecanismos consensuales que canalicen y controlen los movimientos populares. La

concepción subyacente centra la atención exclusivamente en el aspecto organizativo instrumental del poder y silencia su contenido efectivo, a la vez que establece como válido y universal un modelo abstracto, al margen de las condiciones económicas y políticas nacionales, de las políticas sociales y de la soberanía nacional. La democracia aparece así como un producto exógeno, un requisito político e ideológico y un fin en sí misma, con independencia de la sociedad en que deba aplicarse.

No podemos aceptar la creciente tendencia a identificar la democracia con el capitalismo y el liberalismo, ni que dicho concepto se limite a la existencia de regímenes constitucionales representativos con independencia de las políticas que éstos apliquen y cumplan en favor de la mayoría. La democracia debe encerrar valores universalmente reconocidos, tales como la igualdad, la libertad, la actividad de la mayoría y aquellos no siempre recordados, como la justicia social y la soberanía nacional. El concepto de democracia está, en efecto, estrechamente vinculado a la realización de aspiraciones humanistas esenciales, a la elevación de las condiciones materiales de vida y a la dignificación plena del ser humano. No puede, por ende, ser formal, sino que ha de atender a los problemas clave que enfrenta la humanidad en su conjunto y las diferentes colectividades humanas, así como el ser humano concreto.

Aplicamos en Cuba una concepción democrática que rebasa el ámbito político y actúa en la esfera económica y social, que requiere y supone condiciones materiales de vida más humanas, que es condicionada por la realidad y viabilizada por ella; un sistema de poder que debe reflejarse y se refleja en las conquistas en favor de la mayoría, que garantiza la representatividad ciudadana, los derechos y la participación popular en condiciones iguales, que expresa la voluntad de la mayoría y actúa en beneficio de ésta. En dicha concepción, la mayoría no sólo es objeto de decisión, sino beneficiaria directa de las decisiones adoptadas, y se tiene en cuenta tanto el elemento cuantitativo que la caracteriza como mayoría como los aspectos cualitativos que la identifican con las masas populares. Se trata, en suma, de un proceso abierto y perfectible que no cesa de evolucionar.

La justicia social se halla en el centro de la relación y el compromiso de la sociedad cubana contemporánea consigo misma y forma parte de los objetivos de su desarrollo económico, político, social y cultural, desde el inicio mismo de la revolución, desarrollándose en el marco de una sociedad socialista que, desde su establecimiento a la fecha, ha sido víctima del hostigamiento, la presión,

las agresiones y el bloqueo económico, financiero y comercial de la potencia más poderosa del mundo, bloqueo que incluso se ha intensificado después de la desaparición del llamado campo socialista y la URSS, cuando se proclama con bombo y platillo el final de la "guerra fría", que sirvió de "justificación" a los gobernantes norteamericanos para implantarlo en 1961, y que sigue bochornosamente pendiente en la agenda América Latina-Estados Unidos.

La gobernabilidad y la legitimidad incluyen y suponen un componente valorativo necesario para el ejercicio democrático, que se traduce en aceptación moral de los preceptos políticos que rigen el Estado y el gobierno, sus normas jurídicas y sus objetivos en la esfera de las relaciones económicas y en el desarrollo integral de la sociedad. Presupone, asimismo, la capacidad del gobierno para mantener el control político de la sociedad y orientarla hacia los objetivos y fines que interesan a las clases y sectores populares, en condiciones de respaldo de la mayoría de la población y de ausencia de disturbios políticos.

La gobernabilidad es inseparable de la legitimidad de los gobernantes y se expresa en la autoridad, capacidad y posibilidades que tienen éstos para retener la aceptación y la confianza de la mayoría de la sociedad en las instituciones, los mecanismos y procedimientos políticos vigentes, y en ellos mismos. Algo que en nuestro país no ha faltado en estos treinta y cuatro años de dura brega y no pocas dificultades.

Gobernabilidad y legitimidad resultan cuestionadas cuando la democracia es puro juego político, al margen de los intereses reales de las mayorías y para beneficio exclusivo de los sectores que detentan la riqueza y el poder económico. La aplicación de políticas de ajuste a expensas del bienestar de las masas trabajadoras y otras capas vulnerables de la población ha dado ya lugar a tales cuestionamientos en varios países de la región y nadie puede asegurar que no se repetirán si no se resuelven los problemas de fondo que afectan a las sociedades del continente.

Consideramos, Señor Presidente, que nuestra América debe rechazar la imposición de modelos que no se avengan a sus condiciones socioeconómicas e históricas concretas, a las aspiraciones e intereses de los sectores más amplios de su población, y debe crear sus propios modelos a partir de los requerimientos actuales, por su-

puesto, pero sin perder de mira el pensamiento emancipador, unificante y profundamente original de los próceres de nuestra independencia, que soñaron un destino más alto y congregante para el "pequeño género humano" que, sin duda, somos.